

poco conocida. Excusado es decir que ninguna de ellas es anterior á la arenga contra Eratóstenes ¹⁾; ni puede asegurarse que haya alguna posterior al año 2 de la 98.^a Olimpiada, 387 a. Chr. ²⁾, por más que Lisias debió vivir hasta el 2 ó 3 de la 100.^a Olimpiada, 378 a. Chr. ³⁾. El orden en que se hallan coleccionados los discursos, ni es el cronológico, ni se ajusta rigurosamente á la índole de los procesos, sino que es una mezcla de estos dos sistemas de clasificación.

¹⁾ La oración en defensa de Polistrato no es de la época de los Cuatrocientos, sino que debió ser pronunciada con motivo del examen, *δοκιμασία*, á que Polistrato, como funcionario público de su tribu, tuvo que someterse, y en el cual fué acusado de haber sido uno de los Cuatrocientos. En ocasión semejante fué pronunciada la oración *δήμου καταλύσεως ἀπολογία*.

²⁾ De este año es probablemente el discurso sobre el patrimonio de Aristófanes.

³⁾ También fué escrita más tarde, el año 4 de la 98.^a Olimpiada, ó el 1 de la 99.^a, 384 a. Chr., la oración contra Teomnesto, que corresponde á la primera serie.

CAPÍTULO XXXVI

Isócrates.

Cabe dudar de si Platon hubiera prodigado á Isócrates en la edad madura, los elogios que le prodigó cuando era joven ¹⁾, y sobre todo, de si lo hubiera antepuesto incondicionalmente á Lisias. Isócrates, hijo de Teodoro, nació en Atenas el año 1 de la 86.^a Olimpiada, 436 a. Chr.; era por consiguiente, veinticuatro años menor que Lisias ²⁾. Fué sin duda, joven de buenas costumbres y codicioso de aprender, que para adquirir una educación esmerada, quiso recibir lecciones no sólo de Gorgias y de Tisias, sino también de Sócrates. Entre sus amigos pasaba por hombre que «en la elocuencia había de aventajar y dejar muy atrás á todos los oradores que le precedieran, y á quien un divino impulso llevaría á más grandes cosas; pues en su alma se albergaba el amor á la sabiduría». Tales son las palabras que hablando de él, pone Platon en labios del mismo Sócrates. Sin embargo, parece que Isócrates sólo se acercó al gran sabio, para adquirir conocimientos superficiales de moral, y para poder aparentar que había consagrado su vida á la investigación de la verdadera sabiduría. Lo principal para él fué siempre la Retórica, de tal suerte que no hubo en la antigüedad, quien con tanto celo y atención se dedicara al cultivo de este arte. Isócrates, pues, debe ser incluído en el número de los sofistas, de los cuales se diferenciaba única y exclusivamente en que no combatía la filosofía socrática que invoca la voz de la conciencia humana, con la insolente afirmación de que la oratoria lo hace todo igualmente verdadero ³⁾.

¹⁾ [En el *Fedro*. Véase el cap. XXXV, p. 379.]

²⁾ [Véase la nota 4 de la pág. 376 del presente tomo.]

³⁾ Véase el discurso *περὶ ἀντιδόσεως*, § 30, donde con razon rechaza el cargo que se le hacia de corromper á la juventud, enseñándola á presentar como justas ante los tribunales, las causas injustas. Véase el § 15.

Lejos de esto, la oratoria no era para Isócrates más que el medio de exponer de la manera más agradable y brillante, una opinión cualquiera, que, si no muy profunda, fuese siempre digna de alabanza. Ahora bien: como Isócrates consagró mayor atención á perfeccionar la forma de su estilo que á ampliar el círculo de sus ideas, aumentar su conocimiento de la realidad y ver más clara y patentemente la verdad, Platon, si había de ser consecuente con sus propias doctrinas, y si hubiera conocido al hombre ya maduro en lugar del joven de imaginación ardiente y viva, habríale colocado entre los charlatanes altisonantes y aparatosos que él diferenciaba sustancialmente de los verdaderos filósofos.

Isócrates habría querido aplicar á la política la oratoria perfeccionada con el arte: la cual, excepción hecha de los panegíricos, no había sido hasta entonces cultivada más que en los discursos forenses ¹⁾; pero su timidez y complexión delicada le impidieron subir á la Pnyx. Esta circunstancia le movió á abrir una escuela en la cual enseñaba en particular la elocuencia política, é instruía con tal celo á los jóvenes en el arte de la palabra, que sus contemporáneos, reconociendo el mérito suyo, hicieron de aquel centro, el más floreciente de toda la Grecia ²⁾. Ciceron compara esta escuela con el caballo de madera de la guerra de Troya, porque de su seno salieron también gran número de héroes en la oratoria ³⁾. Oradores políticos é historiadores eran los que principalmente acudían á escuchar las lecciones de Isócrates, por que para sus ejercicios escogía siempre éste asuntos prácticos que

¹⁾ τὸ δικανικὸν γένος. Isócrates, en su discurso *Contra los sofistas*, § 19, censura á los retóricos antiguos por haber hecho del δικάζεσθαι lo principal, y cultivado, por ende, el aspecto desagradable de la Retórica.

²⁾ Pronto tuvo cerca de cien oyentes, cada uno de los cuales pagaba 1.000 dracmas ($\frac{1}{8}$ de talento) como honorarios. [Esta noticia, así como la que encontramos en Pseudoplutarco, *Vitae X. Oratorum*, p. 837, 6, según la cual Isócrates tenía en Chios nueve discípulos, parecen tomadas del capítulo que Hermipo de Esmirna dedicó á los discípulos de Isócrates; es dudoso, sin embargo, si se refiere al número total de sus discípulos, ó á los que en época determinada le rodeaban. Por lo demás, el curso comprendía varios años. Véase *De anti.*, § 87: καὶ μαθητὰς πολλοὺς ἔλαβον, ὧν οὐδεὶς ἂν παρέμεινεν, εἰ μὴ τοιοῦτον ὄντα με κατέλαβον οἷόν περ προσεδόκησαν· νῦν δὲ τοσούτων γεγενημένων, καὶ τῶν μὲν ἕτη τρία τῶν δὲ τέτταρα συνδαιτηθέντων, οὐδεὶς οὐδὲν φανήσεται τῶν παρ' ἐμοὶ μεμψάμενος, ἀλλ' ἐπὶ τελευτῆς, ὅτ' ἤδη μέλλοιεν ἀποπλεῖν ὡς τοὺς γονέας καὶ τοὺς φίλους τοὺς ἑαυτῶν, οὕτως ἡγάπων τὴν διατριβὴν ὥστε μετὰ πόθου καὶ δακρύων ποιεῖσθαι τὴν ἀπαλλαγὴν.]

³⁾ **De Oratore*, 2, 22.

le parecían también útiles é importantes, y por que señalaba como materia para el estudio de sus oyentes, las cuestiones políticas de mayor interés. Con tal procedimiento pretendía distinguirse esencialmente de los sofistas ¹⁾. La mayoría de los discursos que escribía Isócrates estaban destinados á la escuela; sus oraciones forenses eran para él de una importancia muy secundaria. Ahora bien, cuando su nombre adquirió celebridad y el círculo de sus amigos y discípulos se extendió por casi todas las comarcas habitadas de la Grecia, Isócrates contó para muchas de sus obras, especialmente para las relativas á las cuestiones de general interés en la Hélade, con un público más numeroso que el de aquel centro de enseñanza; y la gran circulación de sus discursos, gracias á las lecturas públicas y á la reproducción por copias, le conquistó una influencia más amplia y eficaz que la que hubiera podido darle la tribuna pública. En estas condiciones, Isócrates, desde el retiro de su escuela, habría podido influir de una manera poderosa y útil en los destinos de su patria, la cual, ó, desgarrada por intestinas discordias, luchaba con el poderoso macedonio, ó dormitaba con peligrosa somnolencia. Y es tan cierto que hay que reconocer manifiestos esfuerzos por conseguir este fin en sus numerosas oraciones, de las cuales unas van dirigidas al pueblo heleno en general, otras á los atenienses, algunas á Filipo y varias á príncipes de más lejanas comarcas ²⁾, como que no se le puede negar que habla con ingenuidad y franqueza ³⁾; pero evidentemente

¹⁾ Véase especialmente el *Elogio de Helena*, § 5, 6.

²⁾ Isócrates intentaba extender su influencia á la isla de Chipre, donde á la sazón gozaba de extraordinaria importancia el Estado griego de Salamina. Su *Evágoras* es un elogio de este excelente soberano, dedicado á su hijo y sucesor Nicocles; el discurso intitulado *Nicocles*, es una exhortación á los habitantes de Salamina para que obedeciesen al nuevo rey; y el titulado *Á Nicocles*, un discurso estimulando al joven monarca á cumplir los deberes y guardar las virtudes propias de un soberano. [Estas exhortaciones, á las veces recompensadas espléndidamente, pues está probado que Nicocles dió á Isócrates 20 talentos por lo menos, parece que fueron en aquella época muy estimadas. También Aristóteles escribió varias composiciones de este género.]

³⁾ «Estoy acostumbrado á escribir mis discursos con franqueza», dice en la carta á Arquidamo (9), § 12. Esta carta es indudablemente auténtica; pero no es menos indudable que la siguiente (10) á Dionisio, fué obra de un retórico posterior, de la escuela asiática. [Si la carta 10, por su intolerable hinchazón, ha sido reconocida como producto de una falsificación inhábil, la imitación más acertada del estilo de Isócrates, no debe bastar en modo alguno para que se consideren las demás cartas como obras auténticas de aquel orador, cual lo

Isócrates carecía de experiencia y tacto políticos, que era lo que podía haber dado verdadera importancia á sus exhortaciones. Los discursos de Isócrates revelan siempre los mejores deseos: aconsejan la concordia y la paz; manifiestan la esperanza de que cada Estado renunciaría por su parte á pretensiones desmedidas, concedería amplia libertad á sus aliados sometidos y se colocaría en la misma situación y á idéntico nivel que ellos; y acusan, finalmente, la creencia en que como resultado de estas transformaciones, acometeríanse grandes empresas contra los bárbaros. En ningún pasaje de sus obras, hallamos noción clara, exacta y razonada de los medios que podrían llevar á la Grecia á una nueva época de unidad y de concordia, y mucho menos de los derechos políticos que hubiera que respetar y las exageradas ambiciones á que hubiese que poner inmediato coto, para alcanzar tan feliz resultado. En la primera parte del discurso sobre la *Paz* ¹⁾ escrito durante la guerra de los aliados de Atenas, aconseja á sus conciudadanos que concedan la independencia á los insulares rebeldes; y en la segunda, que renuncien á la supremacía marítima. Propositiones eran estas, prudentes y juiciosas, y cuyo único inconveniente era el de que habrían aniquilado para siempre el poderío de los atenienses, y con él, todo arranque varonil y noble ²⁾. En el *Areopagítico* ³⁾, declara que, á su juicio, la salvación de Atenas está en el restablecimiento de la democracia, fundada por Solon y restaurada por Clístenes; como si hubiera sido posible restablecer una Constitución que había sufrido tantos cambios, y con ella la sen-

hizo recientemente el mismo Blass en el tomo II de su *Geschichte der attischen Beredsamkeit*. El autor de estas cartas, hizo cuanto estuvo de su parte para identificar su estilo con el del gran retórico ateniense: poseía conocimientos históricos, pero sólo hacía uso de un reducido número de lugares comunes y pormenores que debían conocer bien cuantos habían mantenido estrechas relaciones con Isócrates. Son también muy de tener en cuenta, las frecuentes alusiones á la avanzada edad del orador y á su alejamiento de la política práctica. Compárese con el § 12 de la carta 9, arriba citado, el § 6 de la 4. Son buenos ejercicios de escuela, pero nada más.]

¹⁾ [Denominado *Συμμαχικός* en Aristóteles, *Retórica*, 3, 17. Sobre la época en que este vió la luz, habla extensamente Oncken, *Isokrates und Athen*, p. 111 y ss. En su opinión, debió ser el año 356 ó el 355 a. Chr.]

²⁾ La manera cómo Isócrates deprime y rebaja á los ojos de los atenienses el antiguo esplendor del tiempo de su hegemonía, y la grandeza que llenó el alma de Tucídides, recuerda la moraleja de la fábula: «las uvas están verdes».

³⁾ [Del año 355 ó del 354 a. Chr.]

cillez de costumbres de otros siglos. En su *Panegírico* exhorta á todos los griegos á renunciar á sus propias discordias, y á dirigir contra los bárbaros sus ambiciones y deseos de conquista, é invita á los dos principales Estados, Esparta y Atenas, á ponerse de acuerdo para compartir la hegemonía. Si esta idea no era entonces absurda é irrealizable, precisaba al menos sostenerla de una manera muy diferente de aquélla que defendía Isócrates: quien, suponiendo una oposición enérgica por parte de los lacedemonios, les demuestra con las leyendas y la historia antigua, que Atenas merecía el predominio sobre Esparta ¹⁾. La descripción de la anarquía que reinaba en toda la Hélade, y de la facilidad con que la Grecia, unida y compacta, podría hacer en Asia grandes conquistas, son las únicas partes bien concebidas de este discurso. Finalmente, en el *Filipo*, que Isócrates dirigía al rey de Macedonia en el momento en que éste acababa de envolver en sus redes á Atenas, con la paz negociada por Esquines ²⁾, invita al macedonio á oficiar de mediador entre los Estados griegos enemigos—¡el lobo mediador en rencillas de ovejas!—y á marchar luego, en unión con los griegos, contra los persas. Empresa era ésta, que Filipo deseaba ciertamente realizar, pero en las condiciones únicas que le convenía: esto es, siendo él jefe de la expedición y en realidad como soberano de las Repúblicas griegas.

¡Cuál no sería la desolación de Isócrates al recibir la noticia de la ruina del poderío ateniense y de la libertad de Grecia en Queronea! Sus lisonjeras esperanzas sufrieron un golpe tan rudo, que muy bien este terrible desengaño pudo contribuir tanto como el dolor de ver á su patria perder la libertad, á su resolución de darse la muerte.

El modo con que habla, revela claramente que no le importaban gran cosa los asuntos que trata en sus discursos y que no tenían para él sino un interés muy secundario. En el discurso á *Fi-*

¹⁾ Lo que Isócrates dice en este discurso, escrito el año 1 de la 100.^a Olimpiada, 380 a. Chr., § 18: τὴν μὲν οὖν ἡμετέραν πόλιν ῥάδιον ἐπὶ ταῦτα προαγαγεῖν, no está ciertamente de acuerdo con el resultado de las negociaciones que refiere Jenofonte, *Helénicas*, 6, 5, 34, 7, 1, 8 (año 4 de la 102.^a Olimpiada, 369 a. Chr.) en que Atenas renunció á la única manera práctica de participar de la hegemonía en el mar y en el continente, que Lacedemonia había propuesto. [Respecto del tiempo en que se escribió y publicó el *Panegírico*, véase Blass, *op. cit.*, p. 230.]

²⁾ [Véase A. Schäfer, *Demosthenes und seine Zeit*, vol. 2, p. 221.]

lipo, recuerda que ya en su *Panegírico* había tratado el mismo tema —la exhortación á los helenos para que se unieran contra los bárbaros— y examina la dificultad de tratar un mismo asunto en dos distintas oraciones, «sobre todo cuando el primero está escrito de manera, que excita más la tácita admiración y aun la imitación de los envidiosos, que la de los exagerados en el aplauso ¹⁾». En el *Panatenáico*, ó elogio de Atenas, que Isócrates escribió en edad muy avanzada ²⁾, dice que había renunciado á los antiguos géneros de la elocuencia, para consagrarse á la composición de discursos encaminados á conseguir el bienestar de Atenas y de los demás griegos; y que á este fin había escrito arengas «ricas en ideas y no adornadas de eternas antítesis, parisosis y demás figuras muy en uso en las escuelas de los retóricos, que obligan al auditorio á expresar su aprobación con gestos y ruido». Ahora bien, como á los noventa y cuatro años de edad, no cree que le cuadre aquel estilo, «hablará como todos piensan poder hablar: por más que no lo consiga ninguno que con aplicación y celo no se haya dedicado á la Retórica» ³⁾. Claramente se ve que mientras que Isócrates finge abrazar de una sola ojeada toda la Hélade y el Asia y estar lleno de ardor y de solicitud por su patria, su pensamiento está en realidad fijo en los aplausos de las escuelas de Retórica, y en el triunfo de su arte sobre el de sus rivales. Así pues, á decir verdad, todos estos grandes panegíricos pertenecen á la elocuencia sofística de escuela, con tanta razón por lo menos, como el *Elogio de Helena* y el de *Busiris*, que Isócrates escribió conformándose al modelo de los sofistas, tan dados á escoger para asuntos de sus discursos encomiásticos ó de censura, personajes legendarios. En el *Elogio de Helena*, censura á otro retórico, que proponiéndose escribir una defensa, había escrito una simple apología de la heroína tan calumniada. En el de *Busiris*, enseña al sofista Polícrates cómo habría debido hacer el encomio de aquel bárbaro tirano, y le reprende por haber escrito una acusación contra Sócrates. Lo único que se le ocurre decir como réplica á semejante ataque contra su noble amigo de la juventud, es que Polícrates asegura

¹⁾ Isócrates, *Filipo*, § 11. En el mismo *Panegírico*, se dicen cosas análogas, § 4.

²⁾ [De sus propios datos se infiere que contaba el orador 94 años, por lo menos, cuando vió la luz este discurso. Según esto, se publicó el año 3 de la 109.^a Olimpiada, 342 a. Chr.]

³⁾ Isócrates, *Panatenáico*, § 2. [Véase A. Schäfer, *op. cit.*, vol. 3, p. 6.]

que Alcibiades había sido educado por Sócrates, cosa que nadie había sospechado siquiera; además, en sentir de Isócrates, esta circunstancia, de ser cierta, más habría honrado que rebajado al maestro, porque Alcibiades se distinguió después mucho ¹⁾. Sin censurar ahora esta opinión del retórico ateniense, que, dicho sea de paso, nos parece muy superficial, es evidente que á menos de entender por *educar*, dirigir á una persona en ejercicios puramente de escuela, no puede tener razón en cuanto al hecho, contra el unánime testimonio de Platon y de Jenofonte, del cual claramente se infiere, cuán extraño era Isócrates como maestro de elocuencia, al círculo de los socráticos. Por otra parte, aunque él mismo pretende hacer pasar por pura filosofía sus estudios retóricos ²⁾, habíase alejado considerablemente de las tendencias de la verdadera filosofía de su siglo: no de otra suerte se explica que confunda con Protágoras y Gorgias, en la categoría de «filósofos disputadores», á los eleáticos Zenon y Meliso, que sólo se proponían descubrir la verdad ³⁾.

Si después de cuanto acabamos de decir, no podemos considerar á Isócrates como gran estadista ó filósofo, es fuerza ver en él un gran artista de la palabra, que formó época en su arte. En efecto, al mayor esmero en el empleo de los vocablos, unía un entusiasmo decidido por la oratoria; de tal suerte, que cuando leemos sus períodos, no vacilamos en creer lo que él mismo nos dice: que los atenienses, amantes como eran de las bellezas del lenguaje, mostraban entusiasta predilección por sus escritos, y amigos y enemigos se esforzaban con igual ardor por imitar la magia de su elocuencia. Cuando leemos en alta voz los panegíricos de Isócrates, nos sentimos atraídos, á pesar de la pobreza de su fondo, por una fuerza irresistible que no hallamos en ninguna otra obra oratoria, y por un torrente de armonía, bien distinto de la áspera construcción gramatical de Tucídides y del estilo sobrio de Lisias. Bajo este punto de vista, el mérito del gran retóri-

¹⁾ Isócrates, *Busiris*, § 5.

²⁾ Por ejemplo, en el discurso á *Demónico*, § 3, *Nicoles*, § 1, sobre la *Paz*, § 5, *Busiris*, § 7, *Contra los sofistas*, § 14, *Panatenáico*, § 263. Isócrates opone el *περί τῆς δίκης καλινδούμενοι* al *περί τῆν φιλοσοφίαν διατριψαντες*. Véase *περί ἀντιδόσεως*, § 30.

³⁾ *Elogio de Helena*, § 2—6: ἡ περὶ τὰς ἔριδας φιλοσοφία. Asimismo, *περί ἀντιδόσεως*, § 268, confunde las especulaciones de los eleáticos y pitagóricos acerca de la naturaleza, con los sofismas de Gorgias.